

Conéctate

CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

DIOS SE LUCIÓ

Ocho milagros de la Natividad

LA ÚLTIMA NAVIDAD

Desde una de las ciudades
devastadas por el tsunami

UN ÁRBOL DE VERDAD

¿Qué es lo principal de la
celebración?



Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en: www.conectate.org

México:
Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L., 64000
conectate@conectate.org
(01-800) 714 47 90 (número gratuito)
(52-81) 81 34 27 28

Chile:
Conéctate
Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
conectatechile@mi-mail.cl
(0) 94 69 70 45

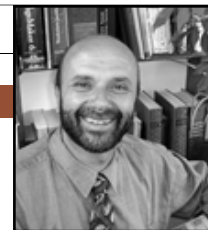
Colombia:
Conéctate
Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá, D.C.
conectate@andinet.com

Estados Unidos:
Activated Ministries
P.O. Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
info@activatedministries.org
(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

Argentina:
conectatearg@lycos.co.uk

Europa:
Activated Europe
Bramingham Pk. Business Ctr.
Enterprise Way
Luton, Beds. LU3 4BU
Inglaterra
activatedEurope@activated.org
(07801) 44 23 17

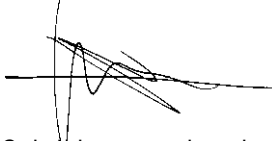
A NUESTROS AMIGOS



Las cinco experiencias navideñas que publicamos en el presente número de *Conéctate* no podrían ser más diversas. *La última Navidad* (página 8), de Ike Suriwong, nos llegó de Phuket, Tailandia, y trata de los niños con quienes compartió el mensaje de la Navidad días antes que el tsunami del 26 de diciembre de 2004 devastara aquel idílico balneario. En *Cadena de favores* (página 7), Mario Sant'Ana encuentra la forma de difundir el espíritu de la Navidad exponencialmente; en *Música sanadora* (página 12), Erika Blecic descubre algo tan bueno que no puede guardárselo para sí; en *Un árbol de verdad* (página 10), Nyx Martínez recuerda unas pascuas de su infancia en las que no tenían dinero, pero sí todo lo que importa de verdad; por último, en *Milagro en el vuelo IC814* (página 14), Rohit Kumar cuenta un suceso en el que intervinieron ángeles en el aniversario número 2.000 de su aparición en Belén.

Cada uno de esos relatos pone de relieve algo diferente. Sin embargo, todos tienen algo en común: hablan de dar más que de recibir. Y no se trata de dar para obtener alguna satisfacción personal, sino de producir un efecto positivo y duradero en este mundo nuestro tan desesperanzado. Es el tipo de generosidad que George Matthew Adams explicó tan elocuentemente cuando dijo: «Recordemos que el corazón de la Navidad es un corazón dadivoso, un corazón completamente abierto que piensa primero en los demás. El nacimiento del niño Jesús en Belén es el suceso más importante de la Historia. Significó que sobre un mundo enfermo se vertiese el bálsamo sanador del amor, el cual durante 2.000 años ha transformado los más diversos corazones. Debajo de toda la pila de regalos late ese corazón de la Navidad».

¿Qué sorpresas te aguardan a ti y a los tuyos en esta Navidad? He aquí el secreto para que esta sea la más dichosa que hayas tenido hasta la fecha: que toda ella se centre en *dar*. ¡Feliz Navidad!



Gabriel, en nombre de *Conéctate*

AÑO 6, NÚMERO 12 **Diciembre 2005**
DIRECTOR **Gabriel Sarmiento**
DISEÑO **Doug Calder**
ILUSTRACIONES **Doug Calder**
PRODUCCIÓN **Francisco López**

© Aurora Production AG, 2005. <http://es.auroraproduction.com>

Es propiedad. Impreso en Tailandia.

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.



EN 1994 DOS ESTADOUNIDENSES aceptaron una invitación del Ministerio de Educación de Rusia para enseñar moral y ética cristiana en varios colegios e instituciones de ese país, entre los que se contaba un orfanato para unos cien niños víctimas de abandono o de malos tratos.

Poco antes de la Navidad, las voluntarias narraron a los niños el nacimiento de Jesús, un relato que la mayoría nunca había oído. Los pequeños escucharon fascinados la descripción de la llegada

de María y José a Belén, donde al no encontrar lugar en el mesón se vieron obligados a ir a un establo. Y ahí nació el niño Jesús, y fue puesto en un pesebre.

Al terminar el relato, las voluntarias organizaron una actividad manual. Entregaron a los niños un trozo de cartulina para que hicieran un pesebre, parte de una servilleta amarilla que cortaron en tiras para hacer la paja, un trocico de fieltro que utilizarían para recortar al niño Jesús y un pequeño paño de tela con que envolverlo. Mientras los chiquillos hacían su tarea, las voluntarias iban de uno a otro para ofrecer un poco de ayuda a los que la necesitaran.

Al llegar una de ellas a la mesa donde estaba sentado Misha —un niño de seis años—, vio que éste ya había terminado su pesebre. No obstante, al observarlo de cerca le sorprendió que hubiera no uno, sino dos bebés en él. Cuando le preguntó al pequeño por qué, éste cruzó los brazos, frunció el ceño y procedió a explicárselo con mucha seriedad. Teniendo en cuenta su corta edad y el hecho de que no había escuchado sino una vez el relato del nacimiento de Jesús, lo refirió con bastante exactitud; esto es, hasta que llegó a la parte en que María puso al niño Jesús en el pesebre. A partir de ahí, Misha comenzó a improvisar.

—El niño Jesús me miró y me preguntó si tenía casa. Le contesté que como no tengo papá ni mamá, no tengo donde quedarme. Entonces me dijo que podía quedarme con Él. Pero yo le contesté que no podía porque no tenía un regalo para Él como todos los demás. Pero como tenía muchas ganas de quedarme con Él, me puse a pensar en algo que pudiera regalarle. Así que le pregunté: «Si te mantengo calentito, ¿ese sería un buen regalo?» Jesús me dijo: «Si me abrigas, ese será el mejor regalo que me hayan hecho». Así que me metí en el pesebre. Entonces Jesús me miró y me dijo que podía quedarme con Él para siempre.

Al terminar su relato, Misha tenía los ojos llenos de lágrimas, y estas empezaron a rodarle por las mejillas. Se tapó el rostro con las manos y apoyó su cabecita sobre la mesa mientras sollozaba. El huerfanito había hallado a Alguien que nunca lo abandonaría ni lo maltrataría, Alguien que se quedaría con él «para siempre».

ANÓNIMO

DIOS SE LUCIÓ

Ocho milagros de la Natividad

RONAN KEANE



TODO BEBÉ ES UN MILAGRO de Dios. Se escucha el primer llanto, se corta el cordón umbilical, y los padres y todos los demás presentes —trátese de un obstetra y sus asistentes en una aséptica clínica moderna o de una matrona tribal en una ancestral choza de paja— celebran con júbilo el prodigio que acaban de presenciar. El nacimiento de Jesús entrañó todo eso, pero además estuvo signado por al menos ocho milagros más.

Anunciación angélica

A diferencia de otros nacimientos, el de Cristo se anunció aun antes que Él fuera concebido. «Al sexto mes el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón que se llamaba José, de la casa de David; y el nombre de la virgen era María. Y entrando el ángel en donde ella estaba, dijo: “¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres”. Entonces el ángel le dijo: “María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios. Y ahora concebirás en tu vientre, y darás a luz un Hijo, y llamarás Su nombre Jesús”» (Lucas 1:26-28,30,31). Primer milagro.

Concepción milagrosa, en dos casos

Huelga decir que el hecho de que María —Su madre— fuera virgen en el momento en que lo concibió es uno de los milagros más conocidos y prodigiosos. La Biblia hace patente este hecho:

«Entonces María dijo al ángel: “¿Cómo será esto? pues no conozco varón”. Respondiendo el ángel, le dijo: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también, el Santo Ser que nacerá será llamado Hijo de Dios”» (Lucas 1:34,35).

Ese acontecimiento fue predicho 700 años antes por el profeta Isaías: «El Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un Hijo, y llamará Su nombre Emanuel» [que en hebreo quiere decir *Dios con nosotros*] (Isaías 7:14). En todo sentido, Jesús es el Hijo de Dios. Segundo milagro.

Gabriel también anunció a María que su prima Elisabet —mujer estéril ya pasada de la edad de concebir— también daría a luz a un hijo que haría que «muchos de los hijos de Israel se [convirtieran] al Señor Dios de ellos». Elisabet dio a luz a un hijo que de grande recibió el apelativo de Juan el Bautista. Todo sucedió exactamente como dijo el ángel Gabriel (Lucas 1:5-25, 57-66). Tercer milagro.

Confirmación angélica

¿Y qué hay de José, el prometido de María? ¿Qué pensó él cuando descubrió que María, al regresar de visitar a Elisabet, estaba embarazada de tres meses? Muy probablemente tuvo reacciones encontradas. «José, su marido, como era justo y no quería infamarla, quiso dejarla secretamente» (Mateo 1:19). Quiso evitar que María fuera humillada y hasta condenada a muerte, pues así se castigaba el adulterio en la ley judía (Deuteronomio 22:13,14,21). Al mismo tiempo es fácil imaginarse el dolor que debe de haber sentido al pensar que su prometida llevaba en su vientre el hijo de otro hombre.

En ese momento Dios envió también un ángel a José, no solo para tranquilizarlo y reconfortarlo, sino también para aclararle la situación. «Un ángel del Señor le apareció en sueños y le dijo: “José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un Hijo, y llamarás Su nombre Jesús [que en hebreo quiere decir *Salvador*], porque Él salvará a Su pueblo de sus pecados”. Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer. Pero no la conoció hasta que dio a luz a su Hijo primogénito; y le puso por nombre Jesús». (Mateo 1:20,21,24,25). Cuarto milagro.

Lugar de nacimiento

Nacer en Belén también constituyó un cumplimiento milagroso de una profecía del Antiguo Testamento, puesto que sus padres vivían en Nazaret, a varios días de viaje de Belén. «Tú, Belén Efrata, tan pequeña entre las familias de Judá, de ti ha de salir el que será Señor en Israel; sus orígenes se remontan al inicio de los tiempos, a los días de la eternidad» (Miqueas 5:2, RV 1995).

El emperador romano César Augusto había decretado que se llevara a cabo un censo en el todo el Imperio. La tradición judía exigía que para todo empadronamiento cada hombre regresara a la ciudad que consideraba que era su hogar ancestral. En el caso de José —descendiente directo del rey David—, eso implicaba regresar a Belén con su esposa embarazada, la cual dio a luz poco después de llegar allí. Quinto milagro.

Aparición de ángeles

Un ángel visitó a unos pastores que apacentaban sus ovejas en las colinas de los alrededores de Belén y les dijo: «No temáis; porque he aquí yo os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor. Esto os servirá de señal: Hallaréis al niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre». Y repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios, y decían: «¡Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!» (Lucas 2:10-14).

Los pastores dejaron sus rebaños y se dirigieron a Belén, donde encontraron al Mesías exactamente donde el ángel les había dicho. «Al verlo, dieron a conocer lo que se les había dicho acerca del Niño» (Lucas 2:17). Eso significa que desde el primer día de Su vida hubo personas que atestiguaron que el Mesías al fin había venido. Sexto milagro.

Señal en los cielos

Unos sabios (según la tradición fueron tres, pero la Biblia no especifica cuántos eran) de Oriente (la Escritura no dice de qué región de Oriente, pero posiblemente vinieron de Arabia, Persia, Babilonia, o hasta de algún lugar tan lejano como la India) observaron un fenómeno inusual en el cielo, que interpretaron como la señal del nacimiento del «Rey de los judíos», y salieron en Su busca para adorarlo.

En aquellos días los viajes eran lentos y engorrosos. A juzgar por otros pasajes, se cree que entre los preparativos y el viaje les tomó cerca de dos años llegar a Judea para entregar a Jesús sus obsequios. «La estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que llegando, se detuvo sobre donde estaba el Niño. Y al ver la estrella, se regocijaron con muy grande gozo. Y al entrar en la casa, vieron al niño con su madre María, y postrándose, lo adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra» (Mateo 2:9-11). Séptimo milagro.

Con mucho, el mayor de todos

Sin embargo, el milagro supremo de la Navidad nada tiene que ver con ángeles, ni con sabios, ni con señales en el cielo. Fue el hecho de que el unigénito Hijo de Dios tomó la forma de un bebido débil e indefenso con el fin de amarnos, comprendernos mejor, identificarse con los seres humanos y al final morir por nosotros. La vida eterna es el don que Dios nos concede, y esa vida se encuentra en Jesús (1 Juan 5:11).

RONAN KEANE ES MISIONERO DE LA FAMILIA INTERNACIONAL Y COLABORADOR DE CONÉCTATE.



EL MAYOR REGALO

Si aún no has recibido en tu corazón el obsequio que Dios te ofrece —Jesús—, hazlo ahora mismo con la siguiente oración:

Gracias, Jesús, por venir a la Tierra para que yo pudiera conocer el amor del Padre celestial. Gracias por morir por mí para que yo me reconciliara con Él y gozara de la vida eterna en el Cielo. Te acepto como Salvador y te pido que pueda llegar a conocerte de forma profunda y personal. Amén.

CADENA DE FAVORES

MARIO SANT'ANA

LLEVÁBAMOS AÑOS OFRECIENDO una cena especial de Navidad a familias de escasos recursos de São Paulo, Brasil. Cuando llegó noviembre, muchas de esas personas ya hablaban ilusionadamente del evento que tendría lugar un mes después.

No fue hasta que nos pusimos a confeccionar nuestra lista de invitados que nos dimos cuenta de la envergadura que había cobrado nuestra obra. ¡La lista inicial incluía 500 nombres! Aunque nuestros patrocinadores estaban en condiciones de donar suficientes alimentos, el abultado número de asistentes significaría que el evento sería mucho menos *personal* que en años anteriores. Era hora de reevaluar, orar, debatir y posiblemente modificar lo que ya se había convertido en una *joven* tradición.

Quizá recuerdes la película *Cadena de favores* (2000), en la que un niño de edad escolar intenta mejorar el mundo inspirando a la gente a responder a los favores recibidos haciendo favores a otras tres personas, es decir, pasándole el favor a un tercero en vez de devolverlo. Ese reto presentamos a quienes habían sido beneficiarios en años anteriores. Es decir, les propusimos que cambiaran de papel: que esta vez ellos fueran los dadores, organizadores y anfitriones, que este año reflexionaran sobre lo que podían aportar ellos a la comunidad.

Pues no pudieron haber respondido de mejor forma. Desde el primer día, la pequeña construcción que sirve de base a nuestra obra rebosaba de entusiasmo y actividad. Los niños preparaban su pesebre viviente y un grupo de jóvenes ensayaba y coreografiaba los villancicos

que se proponían presentar. Algunas de las personas mayores hicieron una lista de familias que por entonces atravesaban por una situación difícil y se pusieron manos a la obra para recolectar alimentos, ropa y otros artículos de primera necesidad. Otros decidieron enseñar a los niños algunos de los juegos que habían disfrutado de pequeños.

En el día señalado, funcionarios municipales cerraron al tráfico una calle y montaron allí un escenario donde realizar las actuaciones. A lo largo del día, tanto los niños como los mayores jugaron a la rayuela, a capturar la bandera y otros pasatiempos. Los chiquillos cantaron y bailaron. Una vez más se relató el episodio bíblico de la primera Navidad, que una vez más conmovió a muchos hasta las lágrimas. Actuó un grupo de niños y jóvenes de La Familia Internacional. Personas que apenas tenían para cubrir sus propias necesidades trabajaron incansablemente para hacer llegar los alimentos, artículos de limpieza, ropa y juguetes recolectados a otras de menos recursos aún.

Terminado el día tomamos conciencia de que la Navidad pervive porque a lo largo de la Historia personas comunes y corrientes, receptoras del portentoso amor de Dios, aceptaron el llamado divino para transmitirles a sus semejantes ese amor, un amor que vino a la Tierra en carne humana hace más de dos mil años. Continuaron la cadena y pasaron a otros el favor.

MARIO SANT'ANA ES MISIONERO DE LA FAMILIA INTERNACIONAL Y UNO DE LOS COORDINADORES DE *PROJETO RESGATE*, UNA ONG QUE PRESTA ASISTENCIA A 200 FAMILIAS DE ESCASOS RECURSOS DEL SUR DE BRASIL.



La última Navidad

IKE SURIWONG

«ESTA NAVIDAD PODRÍA SER LA ÚLTIMA PARA ALGUNOS!» Habiéndome criado en el seno de una familia de misioneros, desde que tengo memoria escuchaba esa frase todas las navidades. Me costaba entender por qué, cuando las demás familias se tomaban unos días de descanso del trabajo, el colegio y otras obligaciones para disfrutar de las fiestas, nosotros andábamos más ocupados que nunca. ¿No bastaba con todo lo que hacíamos durante el año por ayudar a los demás y manifestarles el amor de Dios? ¿No podíamos acaso celebrar la Navidad como toda la demás gente, siquiera una vez?

En mi corazón sabía bien las respuestas a aquellos interrogantes. Por eso, luego de una breve racha de autocompasión, me recompuse y volví a dedicarme a transmitir la buena nueva a todos los que tenía a mi alcance. No sé por qué, pero lo cierto es que no hay época más idónea que la Navidad para suscitar el interés de la gente en Jesús, aun en Tailandia, donde menos del 1% de los 60 millones de habitantes del país son cristianos. Es una oportunidad única para darlo a conocer a los demás y conseguir que lo acepten en su corazón.

El año pasado, en las semanas previas a la Nochebuena, otros integrantes de la comunidad de La Familia Internacional en la que vivo visitaron a decenas de amigos y patrocinadores para llevarles tarjetas de felicitación, galletitas caseras y otras muestras de amor y aprecio. Además, salimos a cantar villancicos, realizamos actividades navideñas en varios sitios donde llevamos a cabo obras sociales y dimos a conocer el relato del nacimiento del Niño, sobre todo en colegios. ¡Hicimos actuaciones en casi tres colegios al día durante dos semanas seguidas! A raíz de ello, más de 2.400 personas rezaron con nosotros para aceptar el mayor obsequio que nos ha hecho Dios: Su Hijo Jesús.

Pese a lo gratificante que era todo aquello, mis compañeros y yo esperábamos con ansias el 27 de diciembre, fecha en que teníamos pensado tomarnos un asueto de tres días para distendernos y disfrutar de una pequeña celebración navideña con nuestras familias y algunos amigos que habían venido de visita. Nuestro tan ansiado descanso nunca llegó.

La mañana del 26 de diciembre nos dirigíamos Sapan Ruam, un barrio bajo de la zona sur de Phuket, cerca del puerto, donde pensábamos presentar un programa navideño para unos 150 niños, cuando un hombre pasó corriendo a nuestro lado gritando que se venía un maremoto. Tras él pasó una multitud aterrorizada. Inmediatamente huimos a una parte más alta y apenas escapamos de la muralla de agua que se abatió sobre el sector costero.

Toda la costa occidental de Tailandia fue arrasada por el



tsunami provocado por un terremoto de 9.0 grados en la escala de Richter cuyo epicentro se situó cerca de la costa septentrional de Sumatra, Indonesia. El tsunami se cobró casi 300.000 vidas y quedó registrado como la peor crisis humanitaria de la Historia. La UNICEF informó que un gran porcentaje de las víctimas fueron niños, que se vieron indefensos ante el avance de las olas.

Al día siguiente nos unimos a las tareas de rescate. A lo largo de varias semanas nos encontramos con muchos chiquillos que habían asistido a nuestros programas navideños y orado con nosotros, algunos de los cuales habían quedado huérfanos. De los cientos que *no* vimos, no tengo idea de cuántos fueron a engrosar la cifra de 5.000 personas de la zona de Phuket que perecieron en el tsunami.

Esta tragedia me hizo tomar conciencia de que cada Navidad —de hecho, cada día— es en verdad la última oportunidad que tienen algunas personas de sentirse amadas. Si bien miles mueren en catástrofes naturales, muchos miles más mueren cada día sin conocer el amor del Padre celestial. No escatimemos, pues, esfuerzos y aprovechemos cada oportunidad para compartir ese amor con los demás. Yo reemprendí mi labor donde la había dejado en pausa: con los niños y con otros sobrevivientes del tsunami de la zona en que vivo. Solo puedo esforzarme por amar a los que habitan mi rincón del mundo. ¿Puedes hacer tú lo mismo en el tuyo?

IKE SURIWONG ES MISIONERO DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN TAILANDIA.

A las doce oí campanas

A las doce oí campanas
anunciar el año nuevo;
creí también distinguir
entre su repiqueteo
las voces de todo un coro
de mensajeros alados
que de un misterioso encanto
a la noche rodearon:
«Despidamos al dolor,
la vergüenza y la maldad,
y al mañana recibamos
en un ambiente de paz».

Pensé en las dificultades
de los años ya pasados,
esperanzas y placeres
que murieron o se ajaron.
Me embébi de aquella música
que me deleitó por dentro
y con sus notas certeras
se impuso sobre el silencio:
«Despidamos al dolor,
la vergüenza y la maldad,
y al mañana recibamos
en un ambiente de paz».

Escuché cual un amante
aquella declaración
en sílabas como gotas
de rocío en una flor,
hasta que el himno celeste
con su alegre melodía
se fue perdiendo en lo alto
cuando ya amanecía:
«Despidamos al dolor,
la vergüenza y la maldad,
y al mañana recibamos
en un ambiente de paz».

Miré entonces al cielo
y pedí con emoción
favor para los vivos,
para los muertos perdón.
Y volvió como un fantasma
el eco puro y santo
de las voces de los ángeles
que seguían susurrando:
«Despidamos al dolor,
la vergüenza y la maldad,
y al mañana recibamos
en un ambiente de paz».

JAMES RILEY

DE VERDAD

Un árbol de verdad



NYX MARTÍNEZ

LOS NIÑOS SIEMPRE HABÍAMOS QUERIDO un árbol de Navidad verdadero, uno bien alto y magníficamente decorado, como los que tenían las demás familias. Queríamos que tuviera luces con música, guirnaldas plateadas y adornos brillantes en sus ramas cubiertas de *nieve*. Y como es natural, que debajo de él abundaran los regalos.

Mas al llegar diciembre, una vez más nuestra sala de estar seguía sin árbol. Los adornos nuevos eran muy costosos para una familia misionera como la nuestra, por lo que mamá desempolvó las cajas de los antiguos

que teníamos, y con un poco de trabajo, los hizo lucir como nuevos. Luego se puso a confeccionar unos botines hechos de papel brillante rojo adornado con borlas de algodón. Mis hermanas menores le ayudaron a recortar y pegar. Hicieron 12 —uno para cada uno de los niños— y luego mamá los colgó de la baranda de la escalera. Mis hermanos lograron hacer funcionar las luces de colores una temporada más y las colgaron en la galería.

Para el pesebre elaboramos figuritas de arcilla, que luego horneamos y pintamos. Alguien nos regaló un juego de tres querubines que complementaban muy bien nuestro pesebre hasta que los niños —todos empeñados en mover las figuras una y otra vez para ponerlas en la ubicación perfecta— tumbamos uno de los querubines, y se le rompió la cabeza.

Una noche papá llegó a casa y anunció que había comprado un árbol de Navidad. Con curiosidad y expectativa, nos reunimos en la sala para inspeccionarlo. ¡Era nuestro primer árbol de Navidad!

—Precioso, ¿verdad? —dijo papá con su entusiasmo habitual.

—En realidad no era otra cosa que una maqueta de una conífera hecha de papel maché o lo que algunos llaman cartón piedra, como de unos treinta centímetros de alto.

—¡¡¡Ese es nuestro árbol???

El desencanto se hizo patente en nuestras 12 caritas.

—¡Pero es muy endeble!

—Un poco raro.

—Papá, eso no es un árbol de verdad.

—¿Cómo así? Claro que es un árbol de verdad, cariño. Lo hicieron los presos de la cárcel. ¡Son capaces de hacer casi cualquier cosa! Les quedó muy bien, ¿no les parece?

Papá no perdía la esperanza de contagiarnos su entusiasmo.

—¡Y miren, compré un reno que hace juego con él! Con muchos aspavientos desempaqueté un reno hecho de periódicos reciclados.

¡Era típico de mi padre! Aunque no tenía mucho para gastar en cosas superfluas, siempre trataba de ayudar a quienes tenían todavía menos comprándoles sus artesanías. La venta del árbol y el reno permitiría a los reclusos contar con un poco de dinero para gastar con sus familias en Navidad, quizá para comprar pequeños regalos o una cena más sustanciosa para sus hijos.

Mi padre se desempeña como capellán del sistema correccional de las Filipinas. En calidad de tal ha reunido muchos artículos de ese tipo hechos a mano. Por ejemplo, el año pasado trajo a casa un buque de guerra exquisitamente tallado en madera, que adornó un estante de nuestra biblioteca hasta que mis hermanos decidieron jugar a una batalla naval con él. El año anterior la casa se nos había llenado de botellas de vidrio que contenían miniaturas de diverso tipo: casitas construidas sobre palafitos, personas hechas de fósforos, unas palmeritas junto a una playa.

Uno de mis hermanos juntaba periódicos y revistas para los artesanos y mis hermanas y yo les ayudábamos a vender sus hermosas tarjetas navideñas hechas a mano. Las ganancias se las entregábamos a sus familias.

Y aquel año, en esa Navidad, ¡nuestro arbolito *de verdad!*

—Si lo arreglamos y adornamos, a lo mejor queda bien —propuso una de mis hermanas.

Lo colocamos sobre la mesita del teléfono, que era del tamaño perfecto para él. Mamá recortó unos

adornos de cartón: estrellas, campanas... Un poco de pegamento con brillantina le dio un toque de vida. Me acordé de un par de palomas de plástico recubiertas con un tul blanco que había encontrado en una tienda mayorista, y también se las colgamos al árbol. Le pusimos unas lucecitas de colores, que centellaban alegremente sobre María, José, el niño Jesús y los tres querubines —uno de los pobres descabezado—.

La Navidad cobró vida súbitamente en nuestro alegre hogar. Nunca lo olvidaré. Ese año fue un año difícil para nuestra familia, pero también uno de los más memorables.

No llegamos a comprar un árbol de Navidad *de verdad*. En cambio, conseguimos uno que representaba fielmente el amor de nuestra familia. Aunque nuestro hogar nunca estuvo decorado con adornos costosos, sí abundaban en él las risas de niños felices y las melodías de villancicos navideños. Papá Noel nunca tuvo mucha acogida en nuestra familia, pero sí pillamos a mamá besando a papá cerca de ese árbol. Y en cuanto a los regalos de Navidad, lo que nuestros padres nos dieron no tiene precio.

Pasamos muchos momentos felices en familia. Nuestros padres nos enseñaron que la Navidad era para entregarnos de corazón a los demás. Ese mismo amor desinteresado debiera teñir nuestra vida de esperanza, no solo a fin de año, sino todo el año, igual que un auténtico árbol de hoja perenne.

NYX MARTINEZ ES MISIONERA DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN UGANDA.

ORACIÓN NAVIDEÑA

Amoroso Padre Celestial, ayúdanos a recordar el nacimiento de Jesús para que participemos del canto de los ángeles, la alegría de los pastores y la adoración de los reyes magos. Cierra las puertas del odio y abre las del amor por todo el mundo. Que cada regalo siembre bondad, y cada saludo navideño transmita realmente buenos deseos. Líbranos del mal por la bendición que nos depara Cristo. Que nuestro pensamiento se llene de gratitud y nuestro corazón de perdón por amor a Jesús. Amén.

ROBERT LOUIS STEVENSON

ERIKA BLECIC

MÚSICA SANADORA

PADEZCO DEL SÍNDROME DE MÉNIÈRE, UNA DOLENCIA DEL OÍDO QUE CAUSA VÉRTIGO, UN ZUMBIDO PERMANENTE EN LOS OÍDOS Y PÉRDIDA PARCIAL DE LA AUDICIÓN. En mi caso, si escucho sonidos de baja frecuencia a volumen excesivo me empiezo a marear tanto que me tengo que acostar para no perder el equilibrio y caerme. Desde hace mucho tiempo tengo guardadas la tele y la radio.

En marzo de 2004 mi jefe me envió a cubrir una conferencia sobre voluntariados de la comunidad italiana de aquí. No sabía que estaba por conocer a unas personas estupendas de la Familia Internacional. Anna, Paolo, Andrea y Simone me hablaron entusiastamente de su misión. Me enteré de que practican en orfanatos y hospitales pediátricos una terapia basada en el humor. A su vez, ellos se enteraron de que sé coser. Casi sin darme cuenta, mientras seguía con mi labor de reportera durante el día, terminé de costurera de disfraces de payasos por la noche. Aunque lo hice durante diez noches seguidas, no me sentía cansada en absoluto. Estaba feliz de poder ayudar a personas que se dedicaban a ayudar a los demás.

Y aquí comienza mi relato navideño...

En diciembre del año pasado vi a Andrea y Maggie en un puesto que tenía la Familia en un centro comercial de la ciudad y les compré un disco compacto titulado *El ritmo de la Navidad*. Fue algo insospechado para alguien como yo, con los problemas de

audición tan crónicos que padecía. ¡Ni siquiera tenía un reproductor de discos compactos! Pero al menos sabía que al comprarles algo estaba contribuyendo a su misión.

Al día siguiente, mientras me dirigía a cubrir una nota, entré en una casa de electrónica y casi sin pensarlo salí con un reproductor de discos compactos. ¡Me moría de ganas de llegar a casa para escuchar el CD! Apenas lo puse, un río de lágrimas me bañó el rostro. Recordé imágenes de mi esposo, mi hermana y mi tía, todos fallecidos. Cuatro años antes, en un período de 13 meses, habían fallecido los tres, víctimas del cáncer. Los había acompañado en su lecho de muerte, compartiendo su calvario. Sé lo que es hacer propio el sufrimiento ajeno, sentirse impotente, abandonado y quedarse solo.

En un momento quise apagar lo que parecía ser el causante de mis lágrimas, pero al ver que no podía alzar la mano para apretar el botón, me di cuenta de que necesitaba escucharlo. Lo escuché una y otra vez durante más de dos horas. Cuanto más lo oía y lloraba, más paz me inundaba y más sentía que se liberaba mi alma. Finalmente me despojaba del peso del sufrimiento y la desesperación que por cuatro largos años había llevado dentro.

La sensación fue tan estupefanda que a la mañana siguiente quise volver a escucharlo. *Pero, ¿cómo podré escucharlo en el trabajo?*, me pregunté mientras metía el disco y el reproductor

en mi bolso. Como apenas faltaban dos días para la Navidad, les pregunté a mis colegas si no les importaba que lo tocara para todos. Nadie objetó.

Al cabo de unos 20 minutos, alguien dijo: «¡Gracias! ¡Hacía mucho que no me sentía tan bien!» Además de las presiones propias de editar un periódico todos los días, el nuestro está siempre al borde de la quiebra. El clima en nuestra oficina suele ser muy tenso. Pero aquella música celestial aflojó toda la tirantez.

En Nochebuena regalé otra copia de *El ritmo de la Navidad* a una de mis colegas. Ella también había sufrido una tragedia en su familia y aún no se había recuperado. No lograba encontrar la paz. El día después de Navidad vino a trabajar radiante de alegría. Yo no recordaba haberla visto nunca tan contenta. «Apenas empecé a escuchar el disco —me dijo, dándome un fuerte abrazo— sentí que se me aliviaba la tristeza y hasta empecé a cantar y bailar».

Al ver el efecto tan positivo que había tenido en ella, decidí regalarle el mismo disco a otros amigos míos. No importaba que ya hubiera pasado la Navidad.

Uno que llevaba ya un tiempo en una situación particularmente difícil «halló sentido al sufrimiento y encontró la forma de recobrar las fuerzas».

Uno de mis familiares me dijo que había vuelto a sentirse lleno de vitalidad.

Otra amiga mía se pasa el día cantando las melodías, y se le endulzó la cara de vinagre que solía tener. No cesa de agradecerme que se lo haya regalado.

A ella y a cada una de las personas a las que se lo regalé les dije que el solo hecho de verlos felices, en paz y dispuestos a dar y recibir amor era la mayor muestra de gratitud y la más grande recompensa que podía imaginar.

Cuando me encuentro con los misioneros de la Familia, siempre bromeo que deben de estar cansados de que les compre siempre el mismo disco. Pero ¿qué más puedo hacer? Todas las personas que conozco que lo han escuchado se sienten más felices, ¡empezando por mí!

Cuanto
más lo
oía y
lloraba,
más
paz me
inundaba
y más
sentía
que se
liberaba
mi alma

MILAGRO EN EL VUELO IC814

LA NAVIDAD ES UNA ÉPOCA DEL AÑO EN QUE DIOS CONSIGUE QUE EL MUNDO LE PRESTÉ MÁS ATENCIÓN QUE DE COSTUMBRE al recordar *el milagro del pesebre*, el nacimiento de Jesús en Belén. Es que el solo hecho de pensar en ese acto de intervención divina nos reaviva la esperanza. Cualesquiera que sean los problemas que hayamos enfrentado a lo largo del año, la Navidad aún trae consigo la esperanza de que todo se va a solucionar.

La mañana de Navidad del año 2.000 esa esperanza estuvo a punto de apagarse en nuestra comunidad de la Familia Internacional de Nueva Delhi (India). Nos enteramos por las noticias que un avión de Indian Airlines había sido secuestrado y desviado a la lejana ciudad de Kandahar, en las

montañas de Afganistán. Nos descorazonamos aún más al enterarnos de que uno de nuestros queridos amigos se encontraba a bordo.

Me resulta difícil describir lo que sucedió en ese momento. Se apoderó de mí la idea de que alguien que conocía bien, que tenía esposa y dos hijos, corría el riesgo de perder la vida junto con otros 120 pasajeros. Casi sin detenerme a pensarlo, me puse de rodillas y comencé a rezar. Nunca antes había orado así. Era como si todo mi ser se hubiera transformado en una plegaria mientras rogaba al Altísimo que interviniera.

Los actores, bailarines y artistas del espectáculo tienen un lema que hemos adoptado también en nuestro voluntariado, pues siempre hay gente que cuenta con nosotros para algo: «Pase lo que pase, tenemos que seguir adelante». Así que hicimos las presentaciones navideñas benéficas que teníamos programadas para ese día: una en un orfanato, una en una prisión y otra en un



hogar de acogida para niños con pasados traumáticos. Al pensar en los que estaban a bordo del vuelo IC814, se nos encogía el corazón, pero las risas y la alegría de quienes asistían a nuestras presentaciones nos daban un alivio momentáneo.

Entre una presentación y la otra orábamos juntos e individualmente por la seguridad de los rehenes. Cuando regresamos a casa, el clima que imperaba era sombrío. El secuestro estaba en los titulares de las noticias de todos los canales de televisión y periódicos del país. La gente no hablaba de otra cosa.

El día siguiente nos deparó peores noticias. Los secuestradores habían ejecutado al primer pasajero: un joven que volvía de su luna de miel en el Himalaya. Me fui a mi cuarto y rompí a llorar. Luego rogué a Dios que consolara a la viuda y la familia de aquel hombre.

Esa tarde los secuestradores amenazaron con matar a un pasajero cada hora hasta que se les concedieran sus demandas. La situación se veía más ominosa que nunca.

Aquella noche tenía una gran necesidad de que Dios me tranquilizara haciéndome saber que Él tenía en Sus manos la situación. Todos sentíamos lo mismo. Mientras daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, recordé un versículo de la Biblia: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá» (Mateo 7:7).

Decidí hacer algo que había hecho muchas veces: pedir a Jesús un mensaje concreto que me ayudara a ver la situación como la veía Él. Encontré un lapicero y abrí el cuaderno donde apunto todo lo que considero que Jesús me dice acerca de muchas situaciones personales, y recé: «Jesús, necesito que me hables. Necesito que me des palabras de ánimo e instrucción».

Los secuestradores amenazaron

con matar a un pasajero

cada hora hasta que se les

concedieran sus demandas.

Luego me serené y procuré hacer a un lado toda idea preconcebida y apartar todos los demás pensamientos de mi mente; y esperé. Poco a poco, Sus palabras empezaron a cobrar forma en mi conciencia mientras las iba anotando.

«Detendré la mano de los secuestradores. No perecerá ni uno más. He puesto poderosos ángeles en derredor del avión, que protegerán a los pasajeros. No dejen de orar, pues sus oraciones crean un campo de fuerza alrededor de ellos. Verán a su amigo salir del avión».

Fue un mensaje breve, pero sumamente consolador. Lo único que necesitaba era creer en lo que el Señor había dicho, cualesquiera que fueran las circunstancias.

Me aferré a aquella promesa de Jesús durante los cinco días siguientes. Al final, el incidente del secuestro terminó exactamente como Jesús me había dicho. Ninguno de los otros rehenes sufrió daño alguno y la noche del 31 de diciembre los liberaron. Cuando nos reunimos frente al televisor para ver la transmisión en vivo del retorno de los rehenes a casa, nuestro amigo fue la primera persona en salir del avión.

Más tarde supimos lo que el Señor había querido decir cuando dijo: «Detendré la mano de los secuestradores». Nuestro amigo nos contó que, durante la crisis, varias veces los secuestradores se prepararon para ejecutar a los rehenes uno por uno, pero en cada ocasión parecía surgir algo que los detenía. Creo de todo corazón que a los secuestradores los detuvo la mano de Señor y Sus ángeles en respuesta a las plegarias de muchas personas de la India y de todo el mundo.

ROHIT KUMAR ES MISIONERO DE LA FAMILIA INTERNACIONAL EN LA INDIA.

Intercambio de regalos



La Natividad fue toda para ti. Aunque fue el regalo de amor que Mi Padre hizo al mundo, también fue un obsequio destinado a ti personalmente, un obsequio que no cesa de satisfacer, de fascinar y de multiplicarse.

Para quienes lo presenciaron —la estrella, el coro de ángeles, el bebé en el pesebre— fue una experiencia espiritual inesperada y sobrecogedora. Para los benditos —pocos, por cierto— que reconocieron al Mesías en aquel bebido, fue un sueño hecho realidad. Para ellos y para muchos millones más que creyeron lo mismo, es la puerta a la vida eterna. Eso no ha cambiado en la actualidad. Si celebras la Navidad en espíritu y en verdad, ese mismo portento, esa misma promesa y ese mismo gozo inefable son tuyos.

Sin embargo, hoy la Navidad es aún más que eso. Es mucho más que un regalo de corazón a corazón que te hace Mi Padre: es un intercambio de regalos. Para ti es un momento especial en el que te sumerges en Mi amor y revives el ensueño de Mi nacimiento. Pero también es especial para Mí, pues tomas más tiempo para amarme, agradecerme y alabarme por todo lo que he hecho por ti. Puede que te resulte difícil entenderlo, pero necesito y aprecio tu amor tanto como tú el Mío. De modo que si todavía no sabes qué regalarme para Navidad, considera eso. Hagamos de esta Navidad algo muy especial al intercambiarnos el mejor de los regalos: nuestro amor.